



ASSASSIN'S CREED

REVELATIONS



OLIVER BOWDEN

minotauro games

Assassin's Creed®
Revelations

OLIVER BOWDEN

minotauro games

Título original:
Assassin's Creed: Revelations

Copyright © 2020 Ubisoft Entertainment. Todos los derechos reservados.
Assassin's Creed, Ubisoft, y el logo de Ubisoft son marcas registradas o no registradas
de Ubisoft Entertainment en Estados Unidos y/u otros países.

First edition published in English in 2011

Traducción de Noemí Risco Mateo, S.L., 2013

Publicado por Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0826-3
Depósito legal: B. 11.756-2020
Fotocomposición: Keiko Pink & the Bookcrafters

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

I

Un águila elevó el vuelo hacia el cielo claro y duro.

El viajero, maltrecho y cubierto por el polvo del camino, apartó los ojos de él y se acercó a un muro bajo y áspero, donde se quedó inmóvil un momento, examinando la escena con ojos entusiastas. Las escarpadas montañas nevadas cercaban el castillo, protegiéndolo y rodeándolo, mientras se alzaba sobre la cima de su propia altura la torre abovedada del homenaje, que reflejaba la cúpula menor de la cercana prisión de la torre. Unas rocas de hierro se aferraban como garras a la base de sus abruptos muros grises. No era la primera vez que lo veía. El día anterior había echado el primer vistazo, al anochecer, desde el promontorio al que había subido un par de kilómetros al oeste. Construido como por brujería en aquel terreno imposible, se unía en armonía con las rocas y los riscos.

Había llegado a su meta, por fin. Tras doce agotadores meses de viaje. Un viaje larguísimo, de caminos profundos y mal tiempo.

Se agachó, por si acaso, y se quedó quieto mientras por instinto comprobaba sus armas y continuaba alerta. Ninguna señal de movimiento. Ninguna.

Ni un alma en las almenas, solo ráfagas de nieve que se enroscaban en el viento cortante. Pero ni rastro de ningún hombre. Aquel lugar parecía desierto. Tal y como esperaba según lo que había leído. Pero la vida le había enseñado que siempre era mejor asegurarse. Se quedó quieto.

No se oía nada salvo el viento. Entonces, hubo algo. ¿Un chirrido? A su izquierda, sobre él, un puñado de guijarros bajaron por una pendiente pelada. Se puso tenso, se incorporó ligeramente y levantó la cabeza entre los hombros agachados. Entonces una flecha alcanzó su hombro derecho, aunque estaba cubierto con la armadura.

Se tambaleó un poco, hizo una mueca de dolor mientras llevaba la mano hacia la flecha, alzó la cabeza y miró con detenimiento un enredijo de una pendiente en las rocas, un pequeño precipicio, de unos seis metros de altura, que se alzaba ante la parte delantera del castillo y servía como muralla exterior natural. En su cresta apareció en aquel momento un hombre, vestido con una túnica de color rojo apagado, cubierto con ropajes grises y armadura. Llevaba la insignia de un capitán. Su cabeza al descubierto estaba casi rapada y una cicatriz le marcaba la cara, de derecha a izquierda. Abrió la boca en una expresión que en parte era un gruñido, en parte una sonrisa de triunfo, y que mostraba unos dientes atrofiados e irregulares, marrones como las lápidas de un cementerio descuidado.

El viajero tiró del asta de la flecha. Aunque la afilada cabeza se había enganchado a la armadura, solo había penetrado el metal y la punta apenas había atravesado la carne. Se quitó el asta y la lanzó a un lado. Al tiempo que lo hacía vio a más de cien hombres armados, vestidos de forma similar, con las alabardas y las espadas preparadas, alineados en la cima, a ambos lados de la cabeza rapada del capitán. Unos cascos con protector de nariz ocultaban sus rostros, pero el emblema del águila negra en sus túnicas reveló al viajero quiénes eran, y supo lo que podía esperar de ellos si lo cogían.

¿Se estaba haciendo viejo al haber caído en una trampa tan simple? ¿Había tomado todas las precauciones!

Y aun así no había tenido éxito.

Retrocedió para prepararse mientras ellos bajaban como un alud hacia la accidentada plataforma de tierra sobre la que estaba y se abrían en abanico para rodearlo, manteniendo la longitud de sus alabardas como distancia entre ellos y su presa. Percibía que, a pesar de superarlo en número, le temían. Su reputación era famosa y hacían bien en ser cautelosos.

Observó las puntas de las alabardas. Eran de dos tipos: hacha y pica.

Flexionó los brazos y de las muñecas salieron sus dos hojas finas, grises, ocultas y mortales. Se preparó para desviar el primer golpe y al instante se dio cuenta de que había sido inseguro. ¿Pretendían llevárselo vivo? Entonces empezaron a atacarlo con sus armas desde todos los flancos para intentar ponerlo de rodillas.

Se dio la vuelta y con dos movimientos limpios cortó los mangos de las alabardas más próximas. Mientras la cabeza de uno volaba por los aires, retrajo una de las hojas ocultas y agarró la parte superior de la alabarda rota antes de que cayera a tierra. Cogió lo que quedaba de la moharra y hundió la hoja del hacha en el pecho de su anterior propietario.

Entonces se acercaron a él, y le dio tiempo a agacharse justo antes de que una ráfaga de aire indicara que una alabarda pasaba por encima de él como una hoz; por unos centímetros no rozó su espalda inclinada. Se volvió salvajemente para liberarse y, después, clavó su hoja oculta izquierda en las piernas del atacante que estaba enfrente de él. Con un alarido, el hombre cayó.

El viajero agarró la alabarda del suelo, que hacía unos instantes casi había acabado con él, la hizo girar en el aire y cortó las manos de otro de sus agresores. Las manos se arquearon en el aire y los dedos se doblaron como suplicando piedad, seguidos de un rastro de sangre, como la curva de un arcoíris rojo.

Se detuvieron durante un momento, pero aquellos hombres habían visto cosas peores, y el viajero tuvo tan solo un breve respiro antes de que se acercaran otra vez. Giró la alabarda y clavó su hoja en el cuello de un hombre que, hacía un instante, se estaba preparando para derrotarlo. El viajero soltó su alabarda y retrajo su otra hoja oculta para dejar libres las manos y agarrar a un sargento que empuñaba un sable, al que lanzó a la fuerza contra un puñado de sus soldados al tiempo que le arrebatava la espada. Calculó su peso, notó cómo se le tensaban los bíceps al cogerla con ambas manos y la alzó justo a tiempo de partir el yelmo de un alabardero, que venía esta vez de atrás, por su izquierda, con la esperanza de que no lo viera.

La espada era buena. Mejor para este trabajo que la ligera cimitarra en su costado, adquirida para su viaje, o las hojas ocultas que servían mejor para luchar de cerca. Nunca lo habían defraudado.

Más hombres salían ahora del castillo. ¿Cuántos harían falta para dominar a aquel solo hombre? Lo presionaron, pero se dio la vuelta y saltó para confundirlos; buscó librarse de su presión arrojándose sobre la espalda de un hombre, se colocó, se preparó y desvió el golpe con la muñequera de duro metal que llevaba en el brazo izquierdo y se volvió para llevar su propia espada hacia el costado del atacante.

Pero entonces hubo una tregua momentánea. ¿Por qué? El viajero se detuvo a recuperar el aliento. Hubo un tiempo en que no habría necesitado coger aire. Alzó la vista. Todavía estaba cercado por las tropas de cota de malla gris.

Pero, entre ellas, el viajero de pronto vio a otro hombre.

Otro hombre. Que caminaba entre ellos. Inadvertido, calmado. Un joven vestido de blanco. Con el mismo atuendo que el viajero, con la misma capucha cubriéndole la cabeza, como la suya, en punta por delante, como el pico de un águila. Los labios del viajero se entreabrieron por la sorpresa. Todo parecía en silencio. Todo parecía quieto, salvo por el joven vestido de blanco que caminaba. Con paso seguro, con calma, impasible.

El joven parecía caminar por el combate como un hombre atravesaría un campo de maíz, como si no lo rozara ni le afectara en absoluto. ¿Era esa la misma hebilla que abrochaba el equipo del viajero? ¿Con la misma insignia? ¿La insignia que habían grabado en la conciencia del viajero y en su vida durante más de treinta años, seguro que hacía tanto tiempo como la marca de su anillo?

El viajero parpadeó y cuando abrió los ojos, la visión —si es que había sido eso— había desaparecido, y el ruido, los olores, el peligro, todo volvió a envolverlo, a rodearlo, hileras e hileras de un enemigo que no podría vencer o del que no podría escapar.

Pero por algún motivo ya no se sentía tan solo.

No había tiempo para pensar. Se estaban acercando mucho y daban tanto miedo como el enfado que reflejaban. Los golpes llovieron, demasiados para esquivarlos. El viajero luchó con todas sus fuerzas, derrotó a cinco más, diez. Pero estaba combatiendo contra una hidra de mil cabezas. Apareció un espadachín enorme y cargó sobre él una hoja de nueve kilos. Alzó su brazo izquierdo para desviarlo con la muñequera, se dio la vuelta y dejó caer su pesada espada

al tiempo que volvía a poner en juego sus hojas ocultas. Pero su atacante tuvo suerte. Desvió el impulso del golpe con la muñequera, pero seguía siendo demasiado potente para rebotar del todo. Se deslizó por la muñeca izquierda del viajero, entró en contacto con la hoja oculta en la mano izquierda y la rompió. En ese preciso instante, el viajero perdió el equilibrio, tropezó con una roca suelta a sus pies y se torció el tobillo. No pudo evitar caer de cara al suelo pedregoso. Y allí se quedó tumbado.

Encima de él, el círculo de hombres se cerró y mantuvieron la longitud de sus alabardas como distancia entre ellos y su presa; seguían tensos, asustados, sin atreverse aún a cantar victoria. Pero las puntas de sus picas le tocaban la espalda. Si se movía, estaba muerto.

Y todavía no estaba preparado para eso.

Oyó el crujido de unas botas sobre la roca. Un hombre se acercaba. El viajero giró la cabeza ligeramente para ver sobre él al capitán con la cabeza rapada. La cicatriz cruzaba lívida su rostro. Se inclinó lo suficiente para que el viajero oliera su aliento.

El capitán retiró la capucha del viajero lo justo para ver su cara y sonrió pues se confirmaron sus sospechas.

—Ah, el mentor ha llegado. Ezio Auditore. Te estábamos esperando, como, sin duda, te habrás percatado. Debe de haberte sorprendido ver la vieja fortaleza de tu Hermandad en nuestras manos. Pero estaba destinado. A pesar de todos vuestros esfuerzos, estábamos destinados a prevalecer.

Se quedó erguido, se volvió hacia los soldados que rodeaban a Ezio, doscientos hombres, y les dio una orden.

—Llévalo a la celda de la torrecilla. Maniatadlo antes, fuerte.

Pusieron de pie a Ezio y lo ataron a toda prisa, nerviosos.

—Es un paseo corto pero con muchas escaleras —dijo el capitán—, y después será mejor que reces. Te colgaremos por la mañana.

Por encima de sus cabezas, el águila continuaba la búsqueda de su presa. Nadie se había percatado de su presencia. De su belleza. Su libertad.

El águila seguía dando vueltas en el cielo. Un cielo azul claro, blanqueado por el sol, aunque ahora el sol estaba un poco más bajo. El ave de presa, una oscura silueta, que daba vueltas sin cesar, pero ahora con un propósito. Su sombra cayó sobre las rocas peladas allá abajo y la partieron al pasar por encima.

Ezio miró por la estrecha ventana —no era más que un corte en la gruesa piedra— y sus ojos estaban tan agitados como los movimientos del pájaro. Su mente también estaba inquieta. ¿Había viajado tan lejos y durante tanto tiempo solo para acabar así?

Apretó los puños y sus músculos notaron la ausencia de las hojas ocultas, que durante tanto tiempo le habían sido tan útiles.

Pero se hacía una idea de dónde habían guardado sus armas tras tenderle una emboscada, doblegarlo y llevarlo hasta allí. Una sonrisa torva se formó en sus labios. Aquellas tropas, el enemigo de hacía tanto tiempo, ¡qué sorpresa debían de haberse llevado al ver que un viejo león aún tenía mucha guerra que dar!

Y conocía ese castillo. Por mapas y gráficos. Los había estudiado tan bien que estaban impresos en su mente.

Pero allí estaba, en una celda de una de las torres más altas de la gran fortaleza de Masyaf, la ciudadela que una vez había sido el bastión de los Assassins, ya hacía tiempo abandonada, y ahora en manos de los Templarios. Allí estaba, solo, desarmado, hambriento y

sediento, con las ropas mugrientas y rasgadas, esperando las pisadas de sus verdugos. Pero no iba a marcharse sin hacer ruido. Sabía por qué los Templarios estaban allí; tenía que detenerlos.

Y aún no lo habían matado.

Mantuvo la vista clavada en el águila. Podía ver todas sus plumas, sus alas, el timón de la cola, abierto en abanico, moteado de marrón negruzco y blanco, como su barba. El extremo de las alas de un blanco puro.

Recordó. Trazó la ruta que lo había llevado hasta allí, a aquello.

Otras torres, otras almenas. Como las de Viana, donde arrojó a César Borgia hasta el fin de sus días. Había sucedido en el año de Nuestro Señor de 1507. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde entonces? Cuatro años. Bien podría haber sido hacía siglos, ahora le parecía muy lejano. Y mientras tanto otros villanos, otros que pretendían ser los dueños del mundo, habían ido y venido, en busca del misterio, en busca del poder, y para él, un prisionero al final, continuaba la batalla para hacerles frente.

La batalla. Su vida entera.

El águila revoloteaba y daba vueltas, ahora con movimientos más concentrados. Ezio la observaba, sabía que había localizado una presa y estaba centrando su atención en ella. ¿Qué tipo de vida podía haber ahí abajo? El pueblo que sostenía el castillo, agazapado e infeliz bajo su sombra, tendría ganado y hasta un pedacito de tierra cultivada por los alrededores. Una cabra, quizá, allí abajo, entre las rocas grises caídas que llenaban las bajas colinas del entorno; ya fuera joven, demasiado inexperta; o vieja, demasiado cansada, o herida. El águila volaba contra el sol y por un momento la luz incandescente tapó su silueta; y entonces, intensificando su círculo, planeó y se colocó, por fin, en la vasta palestra azul antes de descender en picado, atravesar el cielo como un rayo y desaparecer de la vista.

Ezio se apartó de la ventana y echó un vistazo a la celda. Había una cama, de madera dura y oscura, con tan solo los tablones, sin sábanas, acompañada de un taburete y una mesa. Ningún crucifijo en la pared y nada más salvo el sencillo cuenco y la cuchara de peltre que contenía las gachas todavía intactas que le habían dado. A pesar de la sed y el hambre, Ezio temía que las drogas pudieran debilitarlo,

que lo dejaran imposibilitado cuando llegara el momento. Y lo más seguro era que los Templarios hubieran drogado la comida y la bebida que le habían dado.

Se dio la vuelta en la estrecha celda, pero las rugosas paredes de piedra no le daban consuelo ni esperanza. Allí no había nada que pudiera utilizar para escapar. Suspiró. Había otros Assassins, otros en la Hermandad que conocían su misión, que querían acompañarlo, aunque él se empeñaba en viajar solo. Tal vez, cuando no les llegaran noticias, aceptarían el reto. Pero entonces, quizá, sería demasiado tarde.

La pregunta era ¿cuánto sabían ya los Templarios? ¿Qué parte del secreto tenían ya en sus manos?

Su búsqueda, que ahora se había detenido de repente en el momento de completarse, había comenzado justo después de su regreso a Roma, donde se había despedido de sus compañeros, Leonardo da Vinci y Nicolás Maquiavelo, el día de su cuadragésimo octavo cumpleaños, en el solsticio de verano, hacía cuatro años. Nicolás volvería a Florencia y Leonardo, a Milán. Este había comentado que aceptaría una oferta urgente que necesitaba mucho mecenazgo de Francisco, presunto heredero al trono de Francia, y una residencia en Amboise, junto al río Loira. Al menos, eso era lo que habían revelado las cartas que le enviaba a Ezio.

Ezio sonrió al recordar a su amigo. Leonardo, cuya mente siempre estaba abarrotada de nuevas ideas, aunque siempre tardaba un poco en encontrar tiempo para llevarlas a cabo. Pensó con tristeza en la hoja oculta, que se había roto en la pelea de la emboscada. Leonardo —¿cuánto lo echaba de menos!—, el único hombre en el que podía confiar para que la reparara. Pero al menos Leonardo le había enviado los planos que había hecho para un nuevo artefacto, denominado «paracaídas». Ezio lo había hecho fabricar en Roma y estaba entre sus cosas, aunque dudaba que los Templarios supieran para qué servía. Él le daría un buen uso en cuanto tuviera la oportunidad.

Si tenía la oportunidad.

Se quitó de encima aquellos oscuros pensamientos.

Pero no había nada que hacer, no había modo de escapar, hasta que vinieran a por él, a colgarlo. Entonces tendría que planear qué

hacer. Se imaginó que, como a menudo había ocurrido en el pasado, tendría que improvisar. Mientras tanto, intentaría descansar el cuerpo. Se había entrenado antes del viaje para asegurarse de estar en forma y el mismo viaje lo había endurecido. Pero estaba contento —incluso en esas circunstancias— de poder descansar después de aquella pelea.

Todo había empezado con una carta.

Bajo la benévola mirada del papa Julio II, que lo había ayudado a derrotar a la familia Borgia, Ezio había reconstruido y reestructurado la Hermandad de los Assassins en Roma, y establecido allí su zona de influencia.

Durante un tiempo, al menos hasta ahora, los Templarios habían cesado su actividad, y Ezio dejó la gestión de las operaciones en las competentes manos de su hermana Claudia; pero los Assassins permanecían atentos. Sabían que los Templarios se reagruparían, en secreto, en otra parte, insaciables en su búsqueda de los instrumentos gracias a los que por fin podrían controlar el mundo, según sus sombríos principios.

Los habían vencido de momento, pero la bestia no había muerto.

Ezio se consoló y obtuvo satisfacción pensando —solo compararía este oscuro conocimiento con Maquiavelo y Leonardo— que el Fruto del Edén, a su cuidado, que había provocado tanta muerte y angustia en la lucha por su posesión, estaba enterrada y escondida en la cripta de la basílica de San Nicola in Carcere, en una cámara secreta, sellada, cuya ubicación habían señalado solo con los símbolos sagrados de la Hermandad, por lo que tan solo un futuro Assassin sería capaz de distinguirlos, por no decir descifrarlos. El más fabuloso Fragmento del Edén estaba guardado fuera del ambicioso alcance de los Templarios; Ezio creía que para siempre.

Después del daño que los Borgia causaron a la Hermandad, tuvieron que repararse y poner en orden muchas cosas, y Ezio se había dedicado en cuerpo y alma a esa tarea, sin quejarse, aunque él prefería el aire libre y la acción antes que enfrascarse con papeles en archivos polvorientos. Aquel era un trabajo más adecuado para el último secretario de su padre, Giulio, o para un ratón de biblioteca como Maquiavelo;

pero por aquel entonces este último estaba ocupado al frente de la milicia florentina y Giulio hacía mucho tiempo que había muerto.

Aun así, meditó Ezio, si no se hubiera cargado con la responsabilidad de lo que para él era una aburrida tarea, tal vez nunca habría encontrado la carta. Y si hubiera caído en manos de otro, esa persona quizá no habría deducido su significado.

La carta, que descubrió en una cartera de piel, quebradiza por el paso de los años, era del padre de Ezio, Giovanni, para su hermano Mario, el hombre que enseñó a Ezio el arte de la guerra y lo inició en la Hermandad hacía ya tres décadas. Mario. Ezio se estremeció por el recuerdo. Mario, que había muerto a manos del cruel y cobarde César Borgia, tras la batalla de Monteriggione.

Mario hacía mucho tiempo que había sido vengado, pero la carta que Ezio encontró abrió otro capítulo, y su contenido le brindaba la oportunidad de una nueva misión. Fue en 1509 cuando la descubrió y acababa de cumplir los cincuenta años; sabía que pocas veces se presentaba la oportunidad de una nueva misión a hombres de su edad. Además, la carta le daba esperanza y le ofrecía el reto de cerrar las puertas a los Templarios para siempre.

*Palazzo Auditore
Firenze
IV febbraio MCDLVIII*

*Querido hermano:
El ejército enemigo está fortaleciéndose y hay un hombre en Roma al frente de nuestros adversarios, que tal vez tenga el mayor poder al que tú y yo nos tengamos que enfrentar. Por esta razón te comunico, bajo el sello de suma confidencialidad, la siguiente información. Si el destino me alcanzase, asegúrate —con tu vida, si es necesario— de que esta información nunca caiga en manos de nuestros enemigos.*

Como sabes, hay un castillo en Masyaf, en Siria, que tiempo atrás fue la sede de nuestra Hermandad. Allí, hace unos dos siglos, nuestro mentor, Altaïr Ibn-La'Ahad, el más grande de nuestra Hermandad, creó una biblioteca en las profundidades de la fortaleza.

No diré más por ahora. La discreción dicta que el resto de lo que tengo que contarte debe ser mediante una conversación y nunca por escrito.

Es una búsqueda que me habría gustado realizar yo solo, pero no hay tiempo. Nuestros enemigos nos presionan y no podemos hacer otra cosa salvo defendernos.

Tu hermano,

GIOVANNI AUDITORE

Junto a esa carta había otro trozo de papel, un fragmento tentador. Sin duda era la letra de su padre, pero tampoco cabía duda de que no lo había escrito él. Era una traducción del documento mucho más antiguo que lo acompañaba, escrito en un pergamino que coincidía rigurosamente con el texto original de las páginas del Códice, descubierto por Ezio y sus compañeros hacía casi treinta años. Y decía lo siguiente:

Llevo ya días con el artefacto. ¿O han sido semanas? ¿Meses? Los demás vienen de vez en cuando para ofrecermme comida o distracción, y aunque en mi corazón sé que debería apartarme de estos oscuros estudios, cada vez me resulta más difícil asumir mis responsabilidades habituales. Malik me ha apoyado mucho, pero incluso ahora aquel viejo tono regresa a su voz. Aun así, mi trabajo debe continuar. Este Fruto del Edén tiene que entenderse. Su función es simple. Hasta elemental: dominio. Control. Pero el proceso..., los métodos y los medios que utiliza... son fascinantes. Es la tentación encarnada. A aquellos expuestos a su resplandor se les promete todo lo que desean. Tan solo pide una cosa a cambio: total y completa obediencia. ¿Y quién puede negarse? Recuerdo mi propio momento de debilidad cuando me enfrentaba a Al Mualim, mi mentor, y mi confianza se tambaleó ante sus palabras. Él, que había sido como un padre, resultaba ser mi mayor enemigo. Para entrar en mi mente lo único que le hacía falta era la más mínima duda. Pero derroté a sus fantasmas —recuperé la confianza en mí mismo— y terminé con su vida. Me liberé de su control. Pero ahora me pregunto si es verdad.

Puesto que aquí estoy, desesperado por comprender lo que quise destruir. Percibo que es más que un arma, una herramienta para manipular las mentes de los hombres. ¿O no? Tal vez tan solo siga su plan: mostrarme lo que más deseo. Conocimiento... Siempre rondando el filo. Justo fuera del alcance. Haciendo señas. Prometiendo. Tentando...

El viejo manuscrito se acababa ahí, el resto estaba perdido, y es que el pergamino estaba tan dañado por el paso del tiempo que las esquinas se desmenuzaban al tocarlas.

Ezio comprendió muy poco, pero algunas partes le resultaban tan familiares que se le puso la carne de gallina, hasta la del cuero cabelludo, al acordarse. Y lo mismo le volvió a ocurrir ahora, mientras Ezio recordaba, sentado en la celda de la prisión en la torre de Masyaf, observando cómo se ponía el sol en el que sería su último día en la Tierra.

Visualizó el antiguo manuscrito. Fue, más que nada, lo que lo animó a viajar al este, a Masyaf.

La oscuridad cayó rápidamente. El cielo era azul cobalto. Las estrellas ya lo moteaban.

Por ningún motivo en especial los pensamientos de Ezio volvieron al joven de blanco. El hombre que creyó ver en la tregua de la batalla. Que había aparecido y desaparecido de forma tan misteriosa, como una visión, pero que, de algún modo, había sido real y se había comunicado en cierta manera con él.